



# MIS AÑOS GRIZZLY

## EN BUSCA DE LA NATURALEZA SALVAJE

### DOUG PEACOCK

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ



errata naturae

*In memoriam*

*L. D.*

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2015

TÍTULO ORIGINAL: *Grizzly Years*.

*In Search of the American Wilderness*

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



© Doug Peacock, 1990.

By agreement with the autor. All rights reserved.

© de la traducción, Miguel Ros González, 2015

© Errata naturae editores, 2015

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-16544-01-1

DEPÓSITO LEGAL: M-24316-2015

CÓDIGO BIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Naphat Photography / Getty Images

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

## Índice

1. LA GRAN NEVADA	9
2. REGRESO AL SUROESTE	23
3. TERRITORIO INDIO	37
4. LA CORDILLERA WIND RIVER	45
5. EL AÑO DE LOS GRIZZLIES	67
6. LAS ESTACIONES PERDIDAS	91
7. EL GRIZZLY DEL ARROYO AMARGO	101
8. LA DESAPARICIÓN DEL GRIZZLY	133
9. LA RUPTURA	145
10. TRAS EL RASTRO DEL GRIZZLY MEDICINAL	169
11. EL OSO SAGRADO DE LOS PIES NEGROS	203
12. CRUZANDO LA GRAN DIVISORIA	207
13. LA INVESTIGACIÓN SOBRE EL OSO GRIZZLY	219
14. UN PASEO DE VERANO	225
15. FOTOGRAFIANDO A LOS OSOS GRIZZLY	241
16. EL CAMINO DE SALIDA	247
17. EL REFUGIO	267
18. EL BELTON	283
19. EL GRIZZLY NEGRO	289
20. APUNTES DESDE EL MAR DE CORTÉS	311
21. EN PRIMER PLANO: EL GRIZZLY RUBIO	317
22. LA LEYENDA DEL GRIZZLY ASESINO	351
23. POLÍTICAS GRIZZLY	361
24. NAVIDAD EN EL DESIERTO DE PIEDRAS NEGRAS	371

## LA GRAN NEVADA

Corría mediados de noviembre y una tormenta de nieve estaba llegando a las montañas del noroeste de Wyoming. Un suave *chinook* mecía las ramas desnudas de una arboleda de álamos temblones que se recortaban contra el cielo plomizo<sup>1</sup>. Las hojas de los árboles, ya en el suelo del bosque tras las heladas del breve otoño de las Rocosas, yacían en silencio bajo la capa de hielo y nieve de noviembre. Yo ascendía con gran esfuerzo por la ladera despejada, cargando con una voluminosa mochila, en dirección a una arboleda de abetos, píceas y pinos. Tenía que escalar una cresta de nueve mil pies<sup>2</sup>, descender a otro valle, atravesarlo y luego subir por otra ladera muy escarpada, orientada al norte, hasta llegar a la curva de nivel de los nueve mil doscientos pies.

<sup>1</sup> En la región de las Montañas Rocosas se conocen como *chinooks* los vientos del oeste que, tras superar las cumbres, soplan cálidos y secos en las laderas orientales, aumentando considerablemente las temperaturas. Aunque se dice que su nombre indio significa «devorador de nieves», por el efecto que logran, los chinooks eran en realidad la tribu que habitaba la zona costera desde donde soplaban dichos vientos. (Todas las notas son del traductor).

<sup>2</sup> Un pie equivale más o menos a la tercera parte de un metro.

A esa altura, bajo las raíces de un enorme pino de corteza blanca golpeado por un rayo, había un agujero de cinco pies de profundidad que un joven oso grizzly había excavado en la ladera con cuarenta grados de pendiente. Lo sabía porque había visto cómo lo hizo: el 20 de septiembre empezó a sacar decenas de libras<sup>3</sup> de tierra y piedras, planeando hibernar allí. Cuando no trabajaba en su guarida, se alimentaba de las piñas recolectadas por las ardillas rojas. Aunque en octubre abandonó la zona, pensé que, si aún no había regresado, esta tormenta lo traería de vuelta.

Las tierras altas de la meseta de Yellowstone eran una región agradable y despejada. Tras vadear un pequeño arroyo descubrí, oculta tras un peñasco, una capa dorada de hojas de álamo que cubría una charca oscura. Las hierbas amarillas aún despuntaban en los campos; a la sombra de las coníferas, las bajas dunas de nieve aguardaban la llegada del invierno. La brisa soplaba al norte, en la ladera de sotavento de la cresta, y un viento fuerte pasaba sobre la cumbre rocosa, en lo alto.

A través de los prismáticos, mucho más abajo, un alce permanecía inmóvil en la frondosa ribera de sauces. El alce y un pequeño rebaño de muflones de las montañas, en la ladera lejana, se habían tumbado. Mi sangre también empezó a sentir la pereza. Las bajas presiones que precedían a las grandes tormentas anunciaban tiempos letárgicos: los ungulados se frotaban, los peces no picaban y los grizzlies se dirigían a toda prisa hacia sus guaridas, donde deambulaban lánguidamente a la espera de la gran nevada. Los grizzlies podían sentir las tormentas de nieve con días de antelación. Probablemente, en esos momentos mi oso de tres años le estaba dando los últimos retoques a su cubil, rastrollándolo por última vez antes de poner la ropa de cama: hierba, musgo o ramas de abetos jóvenes. Luego se retiraría a su porche, una depresión con forma de plato en la marga que había frente

<sup>3</sup> Una libra equivale a algo menos de medio kilo.

a la entrada del agujero, de tres pies de diámetro, y se tumbaría cual cachorro somnoliento a observar los cielos cubrirse de nubes y esperar la blancura que lo encerraría en su montaña.

Seguí ascendiendo bajo el dosel de pinos maduros. Junto al tronco de un árbol grande, donde la nieve se había derretido, vi un pequeño montón de piñas. Un oso, probablemente un grizzly, había desenterrado con sus zarpas las reservas de las ardillas rojas, las intermediarias: los osos no recolectaban las piñas directamente, sino que dependían de los roedores de los árboles. Incluso en los años más fructíferos, si la población de ardillas era baja los osos no conseguirían demasiadas piñas, una de las principales fuentes de alimento de los grizzlies de Yellowstone. El grizzly de tres años que me crucé mientras excavaba su guardia, seis semanas atrás, había estado alimentándose de estos frutos.

Escalé una cadena de cornisas musgosas hasta alcanzar la cima de la cresta. Ante mí, al sur, la suave y ondulante cordillera Snowy se perdía a lo lejos: bosques de sauces, praderas con artemisas y colinas herbosas y sinuosas, salpicadas de arboledas de álamos temblones, pinos y abetos. La guarida del oso de tres años estaba a cuatro millas, en la escarpada ladera de la siguiente colina. Si apretaba el ritmo podía llegar antes del anochecer. Pero no había llegado hasta allí para darme prisa: lo que haría, antes bien, sería refugiarme para pasar la noche y esperar a que la nieve empezase a caer.

Los grizzlies son extremadamente tímidos en sus guaridas: si se les molesta pueden abandonar directamente la zona y verse obligados a excavar una nueva guarida en otro sitio. Tras la primera gran tormenta del otoño, en cambio, los osos se vuelven indolentes, y era mucho menos probable que mi presencia les importunase. En cualquier caso, no entraba en mis planes que ese pequeño grizzly supiese que yo andaba por allí.

El viento fuerte se había aplacado, y el aire parecía oprimente, aún cálido bajo la manta monótona del cielo gris azulado.

El frente de nieve venía precedido por una vaguada de bajas presiones, por un coro de bostezos de los animales lánguidos. Bajé la ladera de la montaña dando tumbos, pasando junto a plantas muertas y árboles de invierno, hasta llegar a un pequeño arroyo que serpenteaba entre la espesura de los sauces. Cuando alcancé el valle, justo al caer la noche, el viento se había detenido por completo. El aire estaba tranquilo y había empezado a nevar. Nada se movía a mi alrededor, salvo los grandes copos blancos y el arroyo, cuya corriente oscura recogía la nieve silenciosa.

Seguí el diminuto arroyo adentrándome en los árboles, hasta un lugar donde las aguas formaban una charca tras las raíces de una píceca gigante. Una calma escalofriante se cernía sobre las montañas cuando encontré un sitio donde sentarme, apoyado contra la enorme píceca. Recolecté madera de un pino cercano y la prendí junto con algunas ramitas secas, sacadas del lado de sotavento de una píceca más pequeña. Saqué una parka y un gorro de lana de mi mochila y me preparé para una larga noche contemplando el fuego. La temperatura estaba descendiendo. La nieve sería seca, y las ramas de la píceca me protegerían del grueso de la nevada. Para ese viaje no llevaba tienda ni saco de dormir; mi intención era pasar la noche en vela cuidando del fuego.

Extendí una pequeña tela impermeable —un chubasquero, a decir verdad—, hundida en el fondo de la mochila, y saqué un fardo alargado, de palmo y medio, envuelto en un suéter de lana de repuesto. Desenvolví el cráneo y lo coloqué a mi lado, mirando el fuego, procurando que la mandíbula superior coincidiese con la inferior. Era el cráneo de un grizzly adulto, una hembra. Me había hecho con él en el White Swan Saloon, en una ciudad al norte de aquí. Un recolector de cuernos local, amigo mío, se la compró a un ganadero que había cazado furtivamente a la osa tres meses antes, en una parcela de pastoreo del bosque nacional

que había a unas pocas millas<sup>4</sup> del límite del Parque Nacional de Yellowstone. El mismo pastor también había disparado, aunque sin éxito, a otro grizzly que rondaba a la hembra. Eso lo sabía todo el mundo. Lo que no sabían es que esos dos osos estaban emparentados, y que el invierno anterior habían compartido guarida en lo alto de la colina, una milla al sur de mi hoguera.

Al principio no sabía qué hacer con el cráneo. Lo único que no quería era que el pastor se lo quedara. Ya había ganado suficiente dinero vendiendo las zarpas y la vesícula biliar de la osa. Que yo supiera, la grizzly no había matado a ninguna oveja, aunque eso no significaba que no pudiese empezar a hacerlo en cualquier momento. Cuando la mataron, la osa tenía casi ocho años, bastante vieja para los estándares de Yellowstone. Se había apareado con éxito una vez, probablemente cuando tenía cuatro años y medio. Al invierno siguiente había dado a luz a un solo cachorro —al menos sólo había un cachorro con ella en primavera, cuando yo la conocí—. Salió de su guarida a finales de abril, descendió hasta el valle que yo había cruzado una hora antes y empezó a alimentarse del cadáver de un uapití. Volví sobre sus pasos hasta su guarida invernal. Ella y su cachorro constituían una familia muy característica: el pelaje de la osa tenía un tono ligeramente dorado, y una franja más oscura le recorría la espalda. El cachorro era casi negro, y su cuello plateado se difuminaba en un pecho más claro, que se había desteñido en algún momento de su segundo año. Habían vuelto a estas colinas ese mismo otoño, alimentándose de piñas, y yo encontré su guarida la primavera siguiente. En total había dado con cinco guaridas en la misma ladera, que apenas distaban varios cientos de yardas<sup>5</sup> entre sí. Todas, a excepción de la primera, podrían haber sido excavadas por la misma hembra.

<sup>4</sup>Una milla equivale a algo más de kilómetro y medio.

<sup>5</sup>Una yarda equivale a algo menos de un metro.

La ladera de esa montaña me parece un lugar especial, un lugar con poder; como también me lo parecen otros valles y cuencas, aquí y más al norte de Montana, que siguen siendo territorio grizzly. Regreso a esos lugares año tras año para seguir el rastro de los osos y llevar un diario de mi vida. Los osos me ofrecieron un calendario tras mi regreso de la guerra de Vietnam, cuando un año se difuminaba en el siguiente y yo olvidaba enormes periodos de tiempo al no tener acontecimientos o personas cuyo paso recordar. Tenía problemas con un mundo cuya idea de vitalidad se restringía a la cruda realidad de estar vivo o muerto. El mundo empalideció, como también lo hizo todo lo que había sido mi vida hasta la fecha, y me descubrí ajeno a mi propio tiempo. La naturaleza salvaje y los osos grizzly solucionaron ese problema.

Cuando me encontré con la madre dorada y su cachorro oscuro en esta ladera ya llevaba más de una década alejado de la zona de guerra, y mi migración estacional a territorio grizzly se había convertido en un patrón. Había venido aquí en primavera para saludar a los grizzlies al salir de su letargo invernal y volví a finales de otoño para verlos entrar en sus guaridas. Como la hembra siempre se refugiaba en esa pequeña zona, me resultaba fácil. Lo que no sabía era si el joven grizzly volvería a la guarida después de que mataran a su madre, o si sabía cómo o dónde excavar otra para pasar el invierno. El 20 de septiembre encontré mi respuesta. Además de lo que había aprendido de su madre, este joven grizzly tenía sus propios instintos.

El cachorro había vuelto a la finca familiar. Me pregunté qué habría hecho si la hembra siguiese viva: ¿trasladarse a otra montaña? Este tipo de cuestiones despertaba mi curiosidad, aunque ahora había venido por otros motivos. Aticé con otra rama el fuego crepitante.

«El reconocimiento es una puta mierda», solían decir los soldados en Vietnam, hablando de lo difícil que es conseguir lo que

te mereces —una especie de noción de justicia de la Edad de Piedra—. Allí, creer en sandeces, a pesar de la ausencia palmaria de cualquier distribución justa de las recompensas y los castigos terrenales, te ayudaba a pasar la noche. Después de Vietnam empecé a saludar a los pájaros y a llevarme la mano al gorro con las puestas de sol. Hablaba mucho cuando no había nadie a mi alrededor, sobre todo a los osos.

Me envolví el cuello con una bufanda de lana y levanté el cráneo ante las llamas, para mirar fijamente a través de él, a los enormes copos de nieve que brillaban con la luz reflejada del fuego. Había tiras de tejido conjuntivo colgando del hueso, raspado a duras penas: el pastor había hecho un trabajo que dejaba mucho que desear. Escuché que había enterrado el pelaje de la grizzly, y si desenterró el cráneo fue sólo porque alguien le ofreció un puñado de dinero. Tendría que haber vuelto para cargarme a una docena de sus animales hediondos y balantes, mandarlos al cielo lanudo de las ovejas.

Sentí la corteza arrugada de la píceas presionarme los hombros y volví a mirar el cráneo de la osa. «Me pregunto qué sabes, osa», dije, sin dirigirme a nadie en concreto. ¿Dónde había pasado sus veranos? ¿Se había apareado alguna vez con el gran Grizzly del arroyo Amargo, había pescado truchas degolladas que remontaban el río para el desove? Nunca la vi jugar con su cachorro, aunque había sido una madre muy protectora. Es probable que estuviese preñada cuando la mataron, con lo que se habría apareado justo después de destetar a su cachorro. Incluso muerta, estaba mucho mejor aquí, en la montaña, que colgada en la pared de algún gilipollas.

Coloqué el cráneo en el suelo y arrojé sobre las brasas un buen tronco, que empezó a crepitar y lanzar chispas que ascendían hasta las ramas más bajas de la píceas. Me encogí aún más en el abrigo, agradecido por aquella calma total, que casi era cálida a pesar de que la temperatura nocturna bajara con creces



de los cero grados. Tenía una sensación de urgencia, incluso de peligro: la necesidad de acabar mi trabajo lo antes posible y marcharme de allí. Aquella era la tormenta que marcaría el comienzo del invierno. Se sabía que las tormentas de nieve de noviembre podían dejar más de un pie de nieve al día, durante varios días. Ya para la tarde siguiente, salir caminando resultaría difícil. Todas las carreteras de la meseta estarían cerradas. En tres días lo único que podría hacer sería deslizar mi camioneta por los pasos abiertos por el quitanieves. Un accidente o un error de cálculo podía significar la congelación, o hibernar aquí arriba. No obstante, el apuro me sonaba familiar. El peligro fue una parte de lo que me atrajo hacia los grizzlies en un primer momento; el peligro unido a una enorme belleza.

Mi calendario estacional solía estar vinculado a estas tormentas de nieve, que me avisaban de cuándo abandonar las montañas. Las grandes nevadas crean el invierno, pues mandan a los grizzlies a sus guaridas —al menos en esta ladera—. Aunque no todos los grizzlies hibernan en la misma época: todo depende del sexo, la altitud y la latitud en la que viven. El último grizzly mexicano de Sierra Madre, por ejemplo, podía no hibernar en absoluto si el invierno era suave. En el sur de Canadá, las hembras preñadas o que viven con osos jóvenes en cotas más altas son las primeras en hibernar.

Me adormecí unos momentos, apoyando mi cabeza en el tronco nudoso de la píceca, pensando que podía sentir el peso de la nieve amontonándose en su copa. Envolví el cráneo y lo guardé en la mochila, mientras observaba los grandes copos filtrándose entre las ramas como plumas de gansos blancos. Estar sentado en el corazón de una señora tormenta de montaña, en busca del que algunos consideran el animal más fiero de este continente, infunde una cierta dosis de humildad, una actitud que me obliga a abrirme y tener una receptividad sorprendente. Mi amigo Gage, que estaba conmigo cuando me topé con la primera guarida en la

ladera, podía encontrar la humildad en la naturaleza de su jardín. Yo no: yo necesito enfrentarme a unos animales enormes y fieros que a veces se alimentan de personas para recordar la concentración total del cazador. Entonces los antiguos sentidos oxidados, entumecidos por los excesos urbanos, vuelven a la vida, y escudriñan las sombras en busca de formas, sonidos y olores. A veces tengo la suerte de mirarme con unos nuevos ojos, de tener una nueva combinación de pensamientos, una metáfora que llama a las puertas del misterio.

El brillo del fuego lanzaba un halo de luz contra la nieve que caía, y yo evoqué un aura de reverencia que envolvía mi misión.

Fuimos al frente con la 101.<sup>a</sup> División Aerotransportada en el verano de 1967. La operación se centraba en la región al norte de la aldea de Ba An, en la Song Tra Na, provincia de Quang Ngai. Yo era el único boina verde estadounidense de nuestra sección en el frente, formada por tropas de vietnamitas y montañeses y salida de nuestro campo base, en Bato. Nos seguían tres pelotones de paracas americanos.

La operación no iba bien. Todas las unidades habían sufrido bajas y nosotros habíamos perdido al líder de nuestra sección la noche anterior. El disparo de una carabina le atravesó la cabeza tras darle de lleno en la nariz, paralizando su sistema respiratorio. Mientras lo mantenía con vida haciéndole el boca a boca, los americanos ordenaron por error a los helicópteros de combate que atacasen nuestra posición. Yo era el único de la sección en el frente que hablaba inglés, y cuando logré detener el ataque aéreo ya teníamos dos heridos más. El líder de nuestra sección murió mientras yo gritaba por la radio que parasen de una puta vez.

A la mañana siguiente encabezamos la incursión en los arrozales, caminando junto a los diques bajos. Había media docena de búfalos de agua en la otra orilla, pero ni un alma, salvo un niño de nueve o diez años en pantalones cortos. Puede que

estuviera al cuidado de los búfalos. Cruzamos el arrozal sin incidentes, con las tropas aéreas siguiéndonos de cerca.

El niño seguía en el arrozal, a unos treinta metros, observándonos a mí y a los veinte soldados irregulares mientras pasábamos de largo<sup>6</sup>. Pero luego, cuando el niño vio a los americanos echó a correr. Nunca sabré por qué decidió correr, pero cuando lo hizo los americanos abrieron fuego contra él, al principio uno o dos, luego toda la sección, despedazando su cuerpecito con las balas de los M-16. Mis hombres observaban la escena en silencio y con una mirada torva.

La verdad es que mis dos últimos meses en Vietnam, con las escenas de niños muertos, arrancaron cualquier vestigio de religión que hubiera podido quedar en mí. Incluso hoy, no puedo soportar la mera imagen de un solo niño muerto. En los años que siguieron a la guerra me resultaba más fácil hablar con los osos que con los curas. Fui incapaz de reintegrarme en la sociedad. Otras personas de mi generación siguieron avanzando y fueron capaces de expandir sus conciencias más allá de aquella experiencia brutal; yo me retiré a los bosques y obligué a mi cabeza a adormecerse con vino barato.

Cuando amaneció tenía frío y calambres, y estaba ansioso por empezar a subir la colina. Cinco pulgadas<sup>7</sup> de nieve fresca lo cubrirían todo, salvo el suelo a los pies de los árboles más gruesos. El aire estaba tranquilo, aún no soplaba viento. Pero una vez que empieza hay que llevar cuidado: esa sencilla caminata de finales de otoño por los bosques podía volverse peligrosa en un santiamén y obligarme a salir de allí pitando.

<sup>6</sup> Los grupos irregulares de defensa civil (CIDG, por sus siglas en inglés) luchaban en el bando del ejército estadounidense y de Vietnam del Sur, y estaban formados principalmente por milicianos de minorías étnicas, como los montañeses, pueblo que vivía en las montañas y tierras altas del sur del país, cerca de la frontera con Camboya.

<sup>7</sup> Una pulgada equivale aproximadamente a veinticinco milímetros.

La nieve seca caía suavemente del cielo gris, aunque ahora con mayor intensidad. Avanzaba lentamente entre los pinos, envuelto por el tiempo plomizo de la mañana. La visibilidad era de unos doscientos pies, y bajando. Calculé que la guarida estaba a media milla subiendo en línea recta, pero, aunque creía saber exactamente cómo llegar, no era difícil empezar a dar vueltas y perderse en ese paisaje cada vez más blanco, donde todas las vistas parecían idénticas. Me calé el grueso gorro de lana sobre la frente para protegerme los ojos del resplandor nevado, que incluso en esas condiciones de poca luz podía provocar ceguera de las nieves.

En la base de un pino, esparcidos sobre la nieve fresca, vi restos de piñas recolectadas por las ardillas. Me acerqué: escamas, trozos y piñas enteras desperdigadas por los cúmulos de nieve. No muy lejos de la escabechina, en el lado de sotavento de un árbol, libre de nieve, había un excremento de oso congelado. Hurgué con una ramita y encontré un par de bayas rojas sin digerir, frutos de los serbales de montaña. Este tipo de excremento es frecuente justo antes de que los grizzlies empiecen a hibernar, cuando vacían sus aparatos digestivos para el largo sueño. Puede que las bayas rojas hiciesen de purgante, aunque me preguntaba de dónde venían, habida cuenta de que no había visto ningún serbal en varios días.

El intestino del grizzly, aunque es bastante largo para tratarse de un carnívoro, no está hecho para digerir celulosa ni el tipo de alimentos vegetales disponibles durante el invierno. Tampoco puede confiar en sus habilidades de depredador oportunista para mantenerse alimentado. Así pues, se ve obligado a meterse en su guarida e hibernar. A veces, a principios de primavera, encuentro el primer excremento que expulsa un grizzly tras salir de su guarida: un montón compacto de pelo. Durante su sueño invernal los osos no comen, ni defecan, ni orinan. Metabolizan poco a poco su propia grasa corporal y sus funciones vitales se

ralentizan, aunque pueden despertarse si se les molesta, o en un día de invierno insólitamente templado. El sueño de los osos no es la verdadera hibernación de los roedores, pero solventa con gran eficacia el problema de la supervivencia invernal.

La nieve que caía vertical desde unos cielos invisibles comenzó a formar un suave arco con el aumento del viento que me soplaban en la cara. Ya se había acumulado un pie en las zonas despejadas, y no dejaba de nevar. El viento se levantó y las ráfagas lanzaban nieve en polvo desde las copas de los pinos.

Reconocí un abeto desnudo y muerto, cuyas ramas se bifurcaban en una doble copa. La guarida tenía que estar un poco más arriba, al otro lado de una hondonada rocosa, a unos doscientos pies aproximadamente. Me detuve en seco para cerciorarme de que mi olor no iba en dirección a la guarida: no había problema, el viento seguía soplándome en la cara. Me movía sigilosamente, envuelto por la nevada, con el viento soplando desde el lugar donde yo ubicaba la guarida. Luego me detuve unos minutos para olfatear el aire. Podía distinguir el tenue pero característico olor del joven grizzly. Hasta ese momento no estuve seguro de haber dado con el sitio, o de que el oso no se hubiera trasladado a otra guarida.

Los cascanueces americanos trinaban con estrépito sobre mi cabeza, con los primeros cantos del día. Aquello era una reprimenda, probablemente al joven oso, que quizá había levantado la cabeza —el grizzly debía de estar moviéndose—. Esperé a que se detuviese el jaleo antes de empezar a reptar en silencio ladera arriba. Llegué junto al tronco de un gran pino de corteza blanca y desde allí pude distinguir una zona de tierra desnuda y pisadas en la nieve. Me quedé petrificado, y lentamente saqué los prismáticos de debajo del suéter. Unos cien pies más arriba podía ver un par de orejas marrones despuntando sobre un escalón de tierra margosa y rocas: el grizzly estaba dormido en el porche, a las

puertas de su guarida. El oso levantó la cabeza y echó un vistazo a la nieve que descendía. Luego cerró los ojos, bostezó y volvió a bajar el hocico.

La última vez que había visto a este grizzly así de aletargado fue en el verano de su primer año, cuando él y su madre evitaban las nubes de insectos pasando la tarde tumbados en una zona cubierta por nieve alta. El cachorro se había agotado dando brincos de un lado a otro, hasta que de repente dobló las patas y rodó hasta el límite helado de la zona nevada, donde intentó arrancar a mordiscos los trozos de hielo, sin éxito. Al final dirigió contra sí mismo su frustración y empezó a morderse una de las zarpas traseras. Se tiró así sus tres cuartos de hora, y en una ocasión se mordió tan fuerte que gimió de dolor. Su madre lo miró con lástima y se echó en la nieve sobre las patas traseras, ofreciéndole sus mamas. Los sonidos curiosos, rítmicos y ociosos del lactante impregnaron el aire.

Pensé en los días que había pasado en compañía de esos dos grizzlies, uno tumbado en el porche de su hogar invernal, otra encapsulada en mi memoria, con su cráneo envuelto en mi mochila. Necesitaba volver a poner en orden esta pequeña parte del universo.

El joven grizzly se despertó. Tras levantarse, se sacudió la nieve y dio media vuelta para desaparecer en su guarida. Puede que supiera que yo andaba por ahí, pero en esos momentos se sentía demasiado indolente para hacer otra cosa que no fuera retirarse al interior de la montaña. La estación estaba tocando a su fin. Ascendí con sumo cuidado la ladera, usando los árboles para ocultarme, hasta llegar a un árbol al otro lado de la hondonada, justo enfrente de la guarida. Podía ver claramente la montaña de piedras y tierra margosa excavada. En la horquilla del árbol, a la altura de los ojos y atado a las ramas se encontraba el toco andamio de madera de sauce. La plataforma miraba, como la guarida, al campo despejado que se extendía hacia el este.